

Manuel García y la guerra necesaria

Hombre de leyenda, está demostrado que desde su desembarco por Puerto Escondido (1887) hasta su fallecimiento mantuvo viva la llama independentista

Por **JORGE PETINAUD MARTÍNEZ** y **RAÚL RODRÍGUEZ LA O***



El Rey de los campos de Cuba, según la obra pictórica de Carlos Enríquez.

LA guerra anticolonialista que el Apóstol de la independencia de Cuba, José Martí, consideró imprescindible para instaurar una República cordial, comenzó para Manuel García Ponce casi ocho años antes del 24 de febrero de 1895. Sin embargo, solo en los inicios del siglo XXI fue reconocido oficialmente como patriota quien se autodenominó Rey de los campos de Cuba en rechazo a la soberanía española sobre la mayor de las Antillas.

Muy revelador es un informe confidencial al Ministerio español de Ultramar, del Capitán General de la Isla, fechado el 20 de septiembre de 1890, en el cual el funcionario devela la esencia de la resistencia irregular desplegada por García Ponce en una amplia zona del occidente de la colonia

caribeña: “No ha querido nunca perder su significación de separatista que él mismo se atribuye y así se ve que mantiene correspondencia con los revolucionarios de aquí y de Cayo Hueso, que casi todas las víctimas de los secuestros han sido personas que no profesan tales ideas y que se han esforzado porque se divulgue que el dinero que obtiene por los rescates y el que percibe de las fincas se emplea exclusivamente en adquirir armas y municiones, en socorrer a los campesinos, en mantener el espíritu de los Comités y en otras atenciones análogas”.

No obstante, escritores y periodistas, en un principio al servicio de la propaganda española y luego repitiendo superficialmente las calumnias de esta, contribuyeron desde el mismo 24 de febrero de 1895 –fecha del ase-

sinato del Rey de los campos de Cuba– y hasta nuestros días, a falsear su verdadera imagen.

Un cubano legendario

Hijo de los inmigrantes canarios Isabel Ponce y Vicente García, nació el 1º de febrero de 1851 en el barrio del Estante, término de Alacranes, provincia de Matanzas, en un hogar humilde. Los escasos recursos familiares solo le permitieron recibir una educación rudimentaria. No fue bebedor ni jugador, quienes lo conocieron le describían disciplinado, decidido, con una gran resistencia física y espiritual.

Durante la década iniciada en 1870, la familia se trasladó a Quivicán, hoy provincia de Mayabeque. Allí el joven contrajo matrimonio con la compañera de toda su vida, Rosario Vázquez, Charito, (quien años después le siguió a Cayo Hueso y colaboró gratuitamente como maestra de los hijos de los emigrados cubanos; más tarde sería guía y ayudante en su vida guerrillera). A finales de ese decenio sufrió su primera prisión, por amenazar de muerte a un alcalde que faltó el respeto a su esposa. Con posterioridad, sorprendió al padrastro golpeando a la madre y lo hirió de un machetazo, por lo cual huyó al monte.

Aprovechando las facilidades otorgadas por el Gobierno colonial para que salieran del país todas aquellas personas alzadas en armas (1885), Manuel García viajó a Estados Unidos. En Cayo Hueso se unió a los patriotas José Dolores Poyo y Juan Fernández Ruz. Este último preparaba desde 1886 una expedición con destino a Cuba, y teniendo en cuenta el valor, la astucia y la probada experiencia de García para evadir la persecución de los cuerpos represivos españoles, lo incluyó en un destacamento comandado por el joven capitán Manuel Beribén.

Desembarcaron por Puerto Escondido, al nordeste de La Habana, y al

caer Beribén en combate contra la Guardia Civil, García Ponce asumió el mando del pequeño núcleo, según testimonio de Fernández Ruz. En tales circunstancias, comenzó a cumplir las orientaciones recibidas de este brigadier y el Club Patriótico de Cayo Hueso, las cuales, en síntesis, consistían en crear una partida de 100 o 200 hombres y dividirlos en guerrillas para mantener la beligerancia en las provincias de La Habana, Matanzas y Las Villas. Igualmente, deberían destruir propiedades enemigas y recaudar fondos para fomentar la Revolución. Su hostigamiento constante al poder colonial era de tal magnitud que el 20 de abril de 1888 el Gobierno colonial decretó el estado de guerra desde Pinar del Río a Santa Clara.

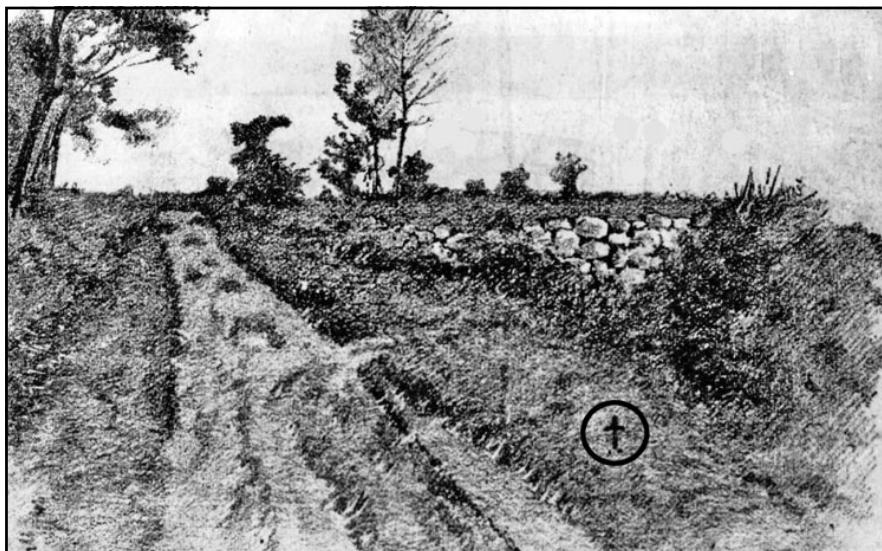
Según documentos localizados en archivos cubanos y españoles, el general Antonio Maceo, durante su estancia en La Habana en 1890, se entrevistó dos veces con Manuel García. Si bien Martí rechazó los 8 000 pesos oro obtenidos por el secuestro de un prominente hacendado autonomista, del clan azucarero Fernández de Castro, perpetrado por García Ponce, y aclaró que no tenía ninguna conexión con la “vida actual” de este, no debe obviarse que también manifestó: “La Revolución solicita el concurso de todos los cubanos; Manuel García es un cubano; si mañana, pronunciado el movimiento, él se incorpora a las filas cubanas, allá será lo que sea, al igual que cualquiera de los creadores y fundadores de la Patria”.

Es bueno precisar que, de acuerdo con un testimonio de Juan Gualberto



Para las autoridades coloniales, Manuel García Ponce siempre fue un peligroso independentista.

Autor no identificado



Sitio cerca de Ceiba Mocha donde fue asesinado.

Gómez, a pesar del rechazo martiano, Pedro Betancourt y otros revolucionarios matanceros decidieron utilizar el dinero en la conspiración.

Disciplinado, Manuel García respetó la decisión del Apóstol y, por encima de cualquier resentimiento, acató la orden de alzamiento en 1895. Al frente de unos 50 hombres armados y con cabalgaduras partió el 23 de febrero para unirse a las fuerzas que se sublevarían al día siguiente en Ibarra, Matanzas.

Existen varias versiones sobre su muerte en Ceiba Mocha, pero los testimonios de algunos alzados, publicados posteriormente por autores como Eduardo Varela Zequeira, Álvaro de la Iglesia y otros, coinciden en que, tras una escaramuza en ese lugar, todos los integrantes del destacamento salieron ilesos y el jefe del grupo ordenó continuar la marcha hacia Ibarra.

Como era su costumbre, después de cabalgar un rato, se adelantó con dos de sus prácticos—Fidel Fundora y Alfredo Ponce—para reconocer la zona y evitar una emboscada. El trío de avanzada se perdió en la oscuridad; minutos después sonaron varios disparos de fusil. En zafarrancho corrió la tropa por el camino, y un poco más adelante, halló a Manuel García que agonizaba. No lejos estaba el cadáver de Ponce.

Según esta versión, Fundora desapareció con las bolsas de dinero y la documentación que llevaba el jefe de la partida en sus alforjas. Hay quienes aseguran que el brazo ejecutor del crimen había sido comprado con la recompensa de 20 000 pesos oro, ofre-

cida por los Fernández de Castro. Según otros, el traidor cumplió órdenes de conspiradores corruptos quienes, extinguido su espíritu revolucionario del 68, habían malversado el dinero entregado por el Rey de los campos de Cuba para comprar armas y municiones. Y hay quienes infieren que el escarnio que pesó a lo largo del siglo XX sobre la memoria de Manuel García e impidió su rehabilitación en la etapa republicana, estuvo vinculado a los descendientes de esos elementos. No obstante, la verdad prevalece y está demostrado que desde su desembarco por Puerto Escondido (septiembre de 1887) hasta el 24 de febrero de 1895, Manuel García mantuvo viva dentro de Cuba la llama independentista. ●

***Rodríguez La O es un acucioso investigador sobre las guerras de independencia. Petinaud se ha destacado en el periodismo histórico.**

Fuentes consultadas:

Documentos localizados en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (Fondo de Ultramar) y en el Archivo Nacional de Cuba (Fondos de Adquisición y de Donaciones y Remisiones). Los libros *Historia del bandolerismo social en Cuba. Vida y muerte de Manuel García (Rey de los campos de Cuba) (1851-1895)*, de María Poumier de Taquechel; el ensayo *Julio Sanguily y Garrite (1846-1906) y los alzamientos de febrero de 1895 en el Occidente de Cuba*, de Manuel de Paz Sánchez; y las *Obras Completas de José Martí. La compilación Por Cuba Libre. Juan Gualberto Gómez*. El número especial de la revista **Moncada** correspondiente a octubre de 1986.